

V

DADY O'CRAB TRABAJA CON LAS OREJAS Y JURA
SIN PECAR

Al decir que todo el mundo dormía en el Hotel Lucifer, cometemos un error. En un cuarto del piso segundo, cuatro personas velaban á pesar de lo avanzado de la hora, teniendo una especie de conciliábulo misterioso.

1º Day-Lily.

2º Roberto Vaughtant.

3º Jonathan Girle.

4º El capitán Dady O'Crab.

Naturalmente se hablaba del gran negocio del robo del Koh-i-noor.

Para los que se asombren de la presencia de Dady entre los tres ladrones, nos bastará decir que el capitán no había dado cuenta á nadie de su conversión; y su vida pasada ameritaba bien la confianza que le concedían los tres bandidos. La última encarnación de Crab, en mano derecha de Uckrill, era desconocida para

todos sus antiguos camaradas, y él era siempre para ellos el primero de los Gentileshombres de la Noche.

En la circunstancia que nos ocupa, hasta Day-Lily se había dejado coger. Decidida á usar de todos los medios para apropiarse el diamante, é informada por Vaughtant que el viejo corría la misma liebre que ella, no había dudado en aceptarlo como aliado.

Por otra parte, el plan de Dady O'Crab la había hecho sonreír.

El capitán proponía provocar un levantamiento de todos los bandidos de Londres, y robar por la fuerza el diamante.

El capitán y Day-Lily eran los únicos que hablaban. Cuando habla el maestro, callan los discípulos, y Vaughtant y Girle no eran sino de los últimos en aquel conciliábulo.

— ¡Ventre de Satanás y crimen de Santo! clamó Dady. Hacía tiempo que reposaba, y os aseguro, miss Sun-Ray, bella criatura y adorable hija del Infierno, que no me desagrada trabajar un poco en vuestra compañía.

Hacía un cuarto de hora que el capitán estaba ahí, lanzando bastantes blasfemias para merecer la eterna condenación si no fueran dichas para despistar á los bandidos. El fin justifica los medios y de una acción reprochable se puede hacer una meritoria.

Halagada por tal cumplimiento, Day-Lily sonrió.

— Resumamos, capitán. Tenemos tres medios para apoderarnos del diamante. Si sir Franck lo tiene, á él se lo robaremos, si por el contrario, la reina es quien

tiene el ojo de Siva, á ella se lo quitaremos por sorpresa, y si no nos da resultado este medio apelaremos al que proponéis.

— ¡Muy bien hablado, miss Sun-Ray! Y quiero que el demonio se lleve al Presidente sir Barlow, si no sois digna de mi admiración. Pero puesto que vuestro plan se llevará á cabo, el primero, me agradecería saberlo.

Day-Lily respondió con aire suficiente.

— Con seguridad, capitán, habéis oído hablar del baronet sir Japhet Holover de Over Peover.

— ¡Ya lo creo! El propietario del caballo Lucifer que correrá en Newmarket! Si le conozco y aun cuento ganar buen dinero apostando á favor del caballo.

Day-Lily se puso á reir.

— ¡Guardaos de ello, capitán, guardaos de ello! y si me permitís daros un consejo, apostad en contra.

— Y ¿por qué? dulce é infernal amiga.

— Porque el caballo perderá vergonzosamente.

— ¡Es imposible!

— ¡Escuchad pues! sir Japhet ha apostado á favor de su caballo doscientas mil libras; toda su fortuna.

— Ya lo sé, ¡cuernos del diablo! pero porque está seguro de ganar.

— ¿Ignoráis que sir Japhet, gentilhomme de Su Majestad, puede ser encargado de cuidar las tres puertas de acero que cubren el subterráneo donde está el diamante?

Los ojos de Dady centellearon.

— Creo que empiezo á comprenderos. ¡Queréis corromper al baronet!

— Precisamente eso, capitán, bien veo que no habéis robado vuestra reputación de perspicaz.

— Sí, sí, ya os comprendo, para corromper á sir Japhet, es preciso que se arruine, y para esto es preciso que pierda la carrera.

— La perderá.

— Lo creo, Sun-Ray, pues me lo afirma una malvada exquisita como vos. Bien sé que hay más de un medio para impedir á un caballo ganar; y os agradezco me hayáis avisado á tiempo; veinticinco millones de cuernos de Belcebú! yo que iba á poner mi dinero á favor... Pero decidme...

— ¿Qué?

— Admitiendo todo, hasta la corrupción del «gentleman», ¿qué podrá hacer por vos, amiga querida? Una montaña de luz no se escamotea como una máscara. Si sir Japhet coge, ó deja coger al diamante que cuida, no tardarán en apercibirse de la desaparición...

Day-Lily sonrió.

— Capitán, replicó, razonáis como un profesor, pero creo pensáis que he previsto esa objeción. Nadie se apercibirá de la desaparición. El Lucifer no estará en su vitrina, pero estará al mismo tiempo.

— ¡Ah! esto sobrepasa mi imaginación, dijo el capitán, y si queréis explicaros mejor.

— ¡Truenos! exclamó Day-Lily, como llena de impaciencia, sin responder á la pregunta de Dady O'Crab... ¡Truenos! ¡he ahí á Sauton que nos vuelve hacer esperar! Hace más de una hora que debería estar aquí. Tengo miedo que el odio de ese Baniano por sir

Franck no lo lleve á cometer alguna bestialidad que eche á perder nuestro negocio...

Apenas acababa de decir estas palabras, cuando la puerta se abrió y el causante de ellas apareció en el umbral.

Sauton estaba envuelto de la cabeza á los pies con un gran manto oscuro. Sus ojos brillaban con destello singular, y respiraba fuertemente, como si acabase de hacer una carrera forzada.

— No seáis tan impaciente, Srita Sun-Ray, dijo. Os prometí venir y aquí estoy.

— ¡Felizmente! contestó en tono seco Day-Lily. Pero no perdamos tiempo en discusiones. ¿Habéis traído lo convenido?

— Aquí está!

Y sacando una de sus manos de entre los pliegues del manto, entregó á Day-Lily un objeto cuya vista obligó á Dady O'Crab á hacer un movimiento de sorpresa; y eso que el capitán no se sorprendía fácilmente.

Pero el objeto que Day-Lily le ponía ante los ojos con su pequeña mano blanca era...

¡... Era el Lucifer! ¡El mismo Lucifer! ¡El diamante monstruo! ¡En las manos de Day-Lily!

Entonces, el plan con que acababan de entretenerle, todas las pruebas de confianza, todas las protestas de amistad no eran sino una farsa de Sun-Ray. El diamante estaba ya en su poder; y habiendo adivinado su juego, sabiendo su nueva calidad de policía se había divertido á su costa para burlarse de él!

Sun-Ray se la había pegado. Había burlado á Dady

O'Crab, el malicioso entre maliciosos, antiguo jefe de los Gentileshombres de la Noche. Y todos los ladrones de la capital se divertirían á su costa... ¡y Andrew Uckrill lo trataría de viejo imbécil ó acaso peor!

¡Sangre de Cristo! ¡Maldición! ¡Tripas y cuernos!

Aun el Presidente Barlow, de la sociedad White-Friars hubiera jurado en tal circunstancia.

Dady O'Crab estaba tan impresionado que no juraba en voz alta.

Se contentaba con pensar estos juramentos, y aun otros que no transcribiremos por temor á lectores susceptibles.

Del diamante, sus ojos pasaron á la cara de Day-Lily. Vió ó creyó ver una sonrisa irónica. Dicidadamente era más que una mujer ordinaria.

Estos pensamientos atravesaron el cerebro del capitán con la velocidad del relámpago.

— Y bien, viejo Dady. ¿Qué decis á esto? y su pequeña mano hacía girar al brillante.

— ¿Está bien imitado? Preguntabais hace poco, cómo podía el Lucifér, gracias á la compra de sir Japhet, estar en la vitrina, y al mismo tiempo no estar. He aquí la respuesta: Nadie se apercibirá de la desaparición, porque este diamante falso lo reemplazará por modo tal, que aun el ojo más ejercitado se equivocará...

— ¡Por los cuernos, por la cola de Satanás! juró Dady O'Crab. ¿Qué decis, agradable bandido? No puedo creer á mis ojos, ¡vientre de ciervo! ¿Decís que es un falso Lucifer?

— Sí, respondió Day-Lily. Es una imitación; pero una tal imitación que fácilmente encontraríamos por ella cincuenta mil libras. Si he de deciros la verdad, Dady, todavía estaba el diamante en la India, cuando me vino la idea de apropiármelo en esta forma.

— Bien, sí, ¡Piel de Anguila! Chiquilla mía, sois como yo. Los grandes espíritus se encuentran; solamente que yo no hubiera tenido idea de una malicia semejante, debo confesarlo para vergüenza mía.

— Ni yo tampoco, contestó modestamente Day-Lily si no hubiese encontrado á nuestro amigo Sauton; porque gracias á él poseemos esta bella imitación de Lucifer. Roberto y Jonathan fueron á Francia con objeto de robar los dibujos del ingeniero que talló el Koh-i-noor. Yo me les reuní en el continente, cuando tuvieron en su poder los dibujos y mandé tallar este trozo de cuarzo por un lapidario amigo mío, siguiendo el mismo modelo que el diamante. Pero á pesar del talento del artista, no tendríamos entre nuestras manos sino un vulgar trozo de cuarzo, si Sauton no se hubiese encargado de darle el brillo del verdadero ojo de Siva, por medio de una preparación química cuyo secreto ha traído de la India. Y, ¡ved, si verdaderamente no es carbón puro!

— Carbón puro, aprobó Dady; y todas mis felicitaciones á Sauton por este excelente trabajo, al cual deberemos nuestra fortuna. Pero, decidme aún, Sun-Ray.

— ¿Qué más, capitán?

— No quisiera vender la piel del oso antes de haberlo

matado... Cuando este diamantè falso sea colocado en lugar del verdadero. ¿qué haréis con el Koh-i-noor? No os ocultaré que lo que me interesa en esa joya es su valor, y me agradaría saber cómo esperáis realizarlo...

— Es bien sencillo, Dady. El amigo Sauton nos ayudará, sirviéndonos de intermediario con los rajás y brahmines de la India que se cotizaron á tanto por cabeza para rescatar la pupila de su Divinidad.

Dady se volvió al Indio que, en pie, adosado al muro, envuelto en su manto, permaneció impassible.

— Perfectamente. ¡Piel de Anguila! Es un hombre precioso este Sauton, aunque tiene la lengua pegada.

— Aun nos prestará otro servicio ¿no es verdad, Sauton?

« Deseando saber, antes de obrar contra la vitrina de la reina, si sir Franck no será, como se le acusa, el poseedor del verdadero Lucifer, he lanzado contra él á mi hermana Georgina, más conocida por el nombre de la « Marquesa », cuya irresistible belleza ha sido hecha para volver la cabeza á los hombres y arrancarles sus secretos. Contra lo que esperaba, la marquesa no ha avanzado nada; pero tenemos á Miraída.

— ¿Que es eso de Miraída?

— Es una joven que Sauton ha traído de Francia, expresamente para nuestra intención. Nuestro amigo el Baniano hace gran misterio acerca del juego de esta joven; pero nos asegura que la sola vista de Miraída desatará la lengua del antiguo Residente.

— ¡Por los escrúpulos de Barlow! esto es extraño,

opinó el capitán, á quien interesaban en alto grado estas explicaciones.

— Por otra parte, siguió Day-Lily, Sauton ha prometido revelarnos esta noche una parte del misterio. Vamos, Sauton, el momento de hablar ha llegado. Te escuchamos.

Interpelado así el Indio, siempre sombrío, dejó caer los pliegues de su manto, y dando tres pasos se colocó en el círculo formado por Dady O'Crab, Day-Lily, Roberto Vaughant y Jonathan Gírlé.

Con voz cadenciosa, como si cantase una melopeya, con los brazos cruzados, murmuró :

— Miraida es la nieta del patriarca, mi padre. Es hija de mi hermana Nowla y sir Franck Zephyr, á quien se la he robado para preparar la venganza de mi tribu; su nombre verdadero es Miriam, y tanto á ella como á Nowla, el Residente las cree muertas. Ambas viven, y por ellas recobraré el honor de mi raza, como lo he jurado.

Pronunciando estas palabras, explicativas en efecto, pero que dejaban muchos puntos oscuros, tornó tranquilamente á apoyarse.

— ¡Que el Infierno tome mi bolsa por asalto! murmuró Dady O'Crab. He ahí un particular que habla poco, pero bien; y que me parece decidido á obrar.

— En todo caso, siguió Day-Lily, tenga ó no el diamante, sir Franck pertenece á Sauton. Así nuestro buen amigo el alderman, Adrián no temerá reclamaciones y el Baniano será recompensado por sus servicios.

— Sólo la sangre del traidor puede lavar la mancha con que pagó la hospitalidad de los brahmines. La sacerdotisa manchada, lavará su sacrilegio ofreciendo á Siva los miembros sangrientos del impuro, cuyo contacto con una Devadassi nos deshonró.

Para hacer este juramento, Sauton extendió la mano, permaneciendo de nuevo inmóvil.

Dady O'Crab tuvo que morderse los labios hasta hacerse sangre para evitar la exclamación, que en forma de maldición, iba á salir de sus labios.

La mano de Sauton estaba manchada de sangre hasta el puño.

El capitán había ido ahí para instruirse y observar. Tuvo cuidado de no dejar ver su emoción, é hizo como si no hubiese notado esta particularidad.

— ¿Dónde está Miriam? preguntó para cambiar de conversación y acabar de reponerse.

VI

EL ASESINO MISTERIOSO

Como para responder á la pregunta que acababa de hacer Dady O'Crab, Day-Lily se dirigió hacia una gran cortina que, cayendo del techo hasta el suelo, dividía en dos el aposento en donde estos coloquios acababan de pasar. Hizo correr la cortina, y sobre un diván, el viejo Dady apercibió una joven tendida, vestida á la manera india, cerca de quien estaban sentadas dos mujeres malabares, de piel de ébano. Esta parte de la pieza estaba alumbrada á medias, por una luz rosada y misteriosa que le daba un tinte de santuario.

Hubo un instante de silencio entre los personajes.

— Bella criatura, exclamó el capitán pasada la primera sorpresa.

Sin embargo, al movimiento de la cortina, la joven saltó del diván, como poseída por una emoción extraordinaria.

Sus negros cabellos caían en cascada sobre sus espaldas, y con ojos llorosos, las manos juntas y

retorciéndose los brazos con desesperación cayó de rodillas ante Sauton, hablándole en una lengua que Dady no comprendía; lo que le hizo sentir no haber estudiado los idiomas orientales.

Esta escena no duró mucho. El Indio, sordo á sus súplicas é impasible al espectáculo de su dolor, repudió bruscamente á la pobre niña, que las mujeres negras llevaron de nuevo al diván, donde continuó sollozando.

Sauton cerró vivamente la cortina y en el movimiento que hizo, Dady pudo ver de nuevo la mano ensangrentada.

Algunos minutos después, habiendo pedido permiso á Day-Lily y asociados, al volver Dady á su puesto en los jardines de Cremonne se encontró á Uckrill...

Contra su costumbre, el bravo Andrew siempre tan calmoso y flemático, parecía agitado por la fiebre y su emoción era visible.

— Aprisa, viejo Dady, dijo cogiendo al capitán por el brazo derecho. Hay nuevas. Hace media hora que os espero, sabiendo que teníais que pasar por aquí, no queriendo aproximarme más al Lucifer-Hotel para no despertar las sospechas de Sun-Ray; pues todo se perdería si nos viese juntos.

— Decidme primeramente. ¿Estuvo Sauton en la reunión?

— Sí estuvo.

— ¡Ah!

— ¡Sí!... pero que las llamas del infierno sean un baño de leche azucarada para Satanás! si no ha llegado retrasado, y todo sudoroso.

— ¡Ah! ¡ah! exclamó Uckrill, llegó retrasado y sudoroso, como persona que hubiese corrido mucho. ¿No es esto?

— Sí, como si hubiese corrido mucho, señor Andrew.

— Estoy muy contento, os lo aseguro, O'Crab!...

Hablando así había llevado al capitán hacia un coche cerrado que estaba parado á pocos pasos del lugar donde lo había encontrado.

— Subid, dijo.

Antes de obedecer, Dady tuvo tiempo de dirigir una mirada al cochero.

— Vaya, dijo, el gentleman Pip vestido de cochero.

Uckrill lo empujó dentro del coche.

— No tenemos tiempo que perder, exclamó, subiendo después que el capitán.

Después dirigiéndose á Pip.

— ¡A Commercial! ¡Al galope! ordenó.

Aún no se cerraba la portezuela, cuando ya el coche había partido como una flecha.

— Ahora, Dady, siguió Andrew, mientras el coche rodaba hacia Commercial, os he dicho que hay novedades.

— Os escucho, Vuestro Honor.

— El Doctor Tom ha hecho de las suyas. Aún otra joven. ¡Aún y siempre el mismo modo de proceder! Nadie sabe nada; lo mismo que los otros. Ni visto, ni conocido... Es el golpe del doctor... el lord-jefe de justicia está furioso... Todo Scotland-Yard ha perdido la cabeza.

El doctor de quien hablaba Uckrill, era un nombre

dado por la imaginación popular á un asesino que desde hacia varios meses, tenía en aprietos á la policía de la capital inglesa.

Este inaprehensible é insospechable personaje no atacaba sino á las jóvenes vírgenes. Mataba sin que se pudieran adivinar sus móviles, llegando ya sus asesinatos á una cifra fantástica.

¿Era un loco, un sátiro, uno de esos sabios fanáticos que en la fiebre de su escudriñar no reculan ni ante el crimen, si lo creen necesario, para la solución de algún problema científico?

Podía ser todo esto, y aún más...

Nada se sabía.

Todas las suposiciones eran posibles y todas las hipótesis se estrellaban contra ese misterio sangriento.

Sólo operaba en un cierto radio, de White-Chapel, á Limehouse, pasando por Commercial y Cornhill.

Su rapidéz de acción, asombrosa; su audacia, sin precedente; le bastaban dos minutos, en plena calle para operar.

Se encontraban cadáveres de jóvenes en cualquier esquina; en una acera, en un corredor de casa...

Nadie había visto... pero el cuerpo ahí estaba, muerto, sangriento, mutilado...

Y las gentes medrosas, asombradas, temblantes abrían ojos supersticiosos ante estos espectáculos siniestros...

Y se decía :

— El Doctor Tom ha pasado por aquí...

Las jóvenes temían salir, y los padres temblaban...

Una manía singular del doctor Tom era la de mutilar sus víctimas siempre de la misma manera. Les quitaba el ojo derecho y los senos; después las desmembraba. ¿Para qué los quería? Evidentemente que había brujería en este asunto.

Una joven de diez y siete años, hija de unos honrados obreros, fué la última víctima. Salió para comprar pan, y no volvió ya. Algunas horas después se la encontraron en una « lane » mutilada como las otras.

He ahí lo que Uckrill contaba á Dady O'Crab mientras iban en el coche; y mientras hablaba, el capitán hacía sonar sus largos dedos nervudos.

— Siempre lo mismo, decía Uckrill. La pobre ha sido estrangulada primero y mutilada después. No ha tenido tiempo de lanzar siquiera un grito.

De repente Dady palmeó sobre la espalda de su superior.

— ¡Piel de Anguila! señor Andrew, perdonadme esta familiaridad, exclamó. Pero, ¿qué diríais si encontrásemos á ese doctor Tom?

Uckrill miró al capitán en lo blanco de los ojos.

— He pensado, murmuró. Tengo una idea...

— Y yo también, exclamó Dady.

Y lanzó una maldición más grande que todas las que había dicho hacía poco, con Day-Lily y comparsas.

Acababa de acordarse de la mano de Sauton, la mano que dos veces había visto tinta en sangre.

— Sí, sí, repetía complacientemente. Tengo una idea. Y si no me equivoco no siento el empleo que he dado á esta noche.

— Decid, capitán, dijo Uckrill, ¿y si vuestra idea fuese la misma que la mía?

— ¡Piel de Anguila! eso sería tener probabilidades dobles, de estar en la buena pista.

— ¡Decidme la vuestra!...

Dady no se hizo de rogar. Vista la gravedad de las circunstancias, se abstuvo de circunloquios y digresiones con que acostumbraba sazonar sus discursos, y explicó á su jefe, en pocas palabras, lo que ya saben nuestros lectores, haciendo especial mención de la mano del Baniano.

— ¡Bien! viejo Dady, vuestras sospechas confirman las mías; y ahora creo saber porqué el doctor Tom mutila á sus víctimas del ojo derecho. A toda costa, comprendéis, á toda costa es preciso saber donde vive Sauton.

— Es preciso, Vuestro Honor, concluyó el capitán; pero ya os lo he dicho, la cosa no es fácil. Pip y yo, lo hemos seguido más de una vez y siempre nos lleva por las calles del Commercial. Allí desaparece en nuestras barbas sin que se pueda decir por dónde pasa.

— ¡Bah! dijo Uckrill. No ignoro eso, y aun á mí me ha cogido. Pero si se tratase de una misión fácil no os encargaría de ella.

Si hubiese habido en el coche más luz, Uckrill hubiera podido ver á Dady inflarse de gusto. Nada podía halagar la vanidad del viejo tanto como un elogio de su jefe.

— ¡Piel de Anguila! exclamó; si Sauton es un zorro, Dady O'Crab, el hijo de mi padre, es un cisne

viejo. Veremos quién enseña á quién á hacer gestos.

Si la noche que acababa de pasar había sido fecunda en sucesos para Dady y Uckrill, el capitán había perdido, sin embargo, una buena ocasión de instruirse más...

Para ello hubiera necesitado seguir á Day-Lily á la salida del Lucifer-Hotel...

Pero el capitán no tenía el don de la ubicuidad, y ahora tenía que acompañar á Uckrill al Commercial, á donde los llamaba el nuevo crimen del doctor Tom.

Para ello hubiese sido preciso también que reconociese á Sun-Ray en la persona de una vieja que salió del hotel algunos minutos después de la reunión, en donde había aprendido tantas cosas.

Aseguramos que no la hubiese reconocido en este nuevo disfraz, por la excelente razón de que estaba desconocida, y, por otra parte, no se hubiera podido sospechar una transformación radical tan rápida.

Al llegar al primer piso de una casa de « Pimlico », miss Sun-Ray, cuya apariencia en la calle era de una respetable anciana, había elevado su velo sobre su sombrero, y dejado caer el chal oscuro que cubría su talle fino volviendo á su estado de joven y bella.

Penetró libremente en un departamento, y después de atravesar varias piezas alumbradas débilmente llegó á una puerta donde dió tres golpes discretos.

Nadie respondió.

Siguió llamando con varios intervalos, y contra su costumbre, no se impacientaba.

— Entrad, respondió, por último una voz.

— ¡Por fin! exclamó con voz emocionada.

Abrió, y se encontró en una pieza de muros blancos, sin tapicería, amueblada sencillamente con algunas sillas y una gran mesa de trabajo, sobre la que dos candelabros, con todas las bujías encendidas, arrojaban su claridad.

Sentado ante esta mesa, cubierta de papeles llenos de cifras y escritura, la cabeza apoyada sobre la mano blanca y fina, estaba un hombre, de cabellera nevada, vestido con una bata de velocio negro, que ni siquiera levantó la cabeza. Parecía absorto en una meditación profunda.

Hemos visto á miss Sun-Ray como una persona de rara resolución, de voz breve, tono irónico, habituada al mando, sin sufrir contradicciones.

Cosa rara : esta insolente y terrible criatura no llevaba nada de su soberbia ni de su impertinencia habituales...

Lejos de indignarse por el poco ceremonioso recibimiento del hombre de cabellos blancos, que ni siquiera parecía darse cuenta de su presencia, permanecía en pie en actitud humilde y respetuosa.

Dos minutos largos y silenciosos pasaron así.

— Mario, suspiró por último, Mario, estoy aquí.

Dijo esto con voz dulce, temblorosa y llena de ternura.

Como si estas palabras lo hubiesen despertado en medio de un sueño, el hombre se estremeció. Se volvió, y la luz alumbró de lleno su cara, horriblemente costurada, estriada y deformada por el estigma de alguna horrible enfermedad ó acaso por los efectos de algún corrosivo.

¿Accidente ó atentado?

Podía ser también desfiguración voluntaria. Esta última hipótesis se hubiera presentado á un observador al ver que los ojos habían permanecido intactos.

Tal como estaba, era repugnante á la vista.

— ¡Ah! exclamó, eres tú Jenny, ¿qué novedades hay?

— Aquí están cincuenta mil libras que os traigo, Mario.

Miss Sun-Ray sacó de una cartera un fajo de billetes.

— Está bien, murmuró el hombre de la cara desfigurada. ¿Tienes algo que decirme?

— ¡Sí, Mario!

— Habla.

— Antes de quince días, creo poder afirmarlo á Vuestro Honor, la fortuna de sir Franck Zephyr estará en nuestro poder.

— ¿Cuánto?

— Alrededor de trescientas mil libras...

— Y ¿el diamante?

— Os entregaré el diamante junto con las trescientas mil libras.

— Está bien, Jenny. Si lo dices es porque así será... sé que puedo contar contigo.

Había permanecido impassible, con los ojos bajos, hablando con voz apagada, como si tuviese el pensamiento muy lejos de la conversación.

Repentinamente, con un movimiento brusco, levantó la cabeza y una extraña transformación se operó en él.

En la palidez espectral de la carne muerta de su rostro, sus ojos brillaban intensamente, con una llama de

vida y juventud maravillosas, con la llama de voluntad irresistible y enbriaguez triunfante. Un vigor singular acusó su cara y sus miembros robustos y sobrios puestos de manifiesto cuando se levantó con entusiasmo. No era un viejo, no, este hombre de blancos cabellos, espaciosa frente, belleza terrible de arcángel vengador ó demonio y mirada de iluminado.

— ¡Oh! mi sueño, murmuró, mi sueño será realizado.

Y el simple murmullo de su voz, de timbre grave y dulce, harmoniosa y penetrante, hizo estremecer á la mujer que le escuchaba y contemplaba arrobada.

Hubo un instante de silencio.

— ¡Mario! murmuró tímidamente.

— Es verdad, contestó. Aún estás ahí Jenny... Olvidaba... Estoy contento de ti.

Una alegría orgullosa pasó por los ojos de miss Sun-Ray, y tuvo para él una sonrisa de esclava sumisa.

— No me deis las gracias, respondió ella. Soy yo quien es feliz en poder hacer algo por vos... No se quién sois, adónde vais, ni de dónde venis... Pero sé que sois grande y fuerte, y todo mi corazón os pertenece... Mandáis y os obedezco... Sois el genio, y yo, soy el amor... Mi felicidad es serviros, y os amo, Mario, os amo...!

Habiendo hablado así, se dejó caer de rodillas, apoyando contra la mesa el rostro bañado por sus lágrimas, mientras el hombre fruncía las cejas, haciendo un gesto de impaciencia despreciativa...

Cuando ella levantó la cabeza, estaba sola.